

# EL DIARIO DE LA PESTE

PREMIO ANAYA  
2025  
JUVENIL

Espido Freire

ANAYA

EL  
DIARIO  
DE LA  
PESTE

*Esta obra ha sido galardonada  
con el XXII Premio Anaya de Literatura Infantil y Juvenil,  
cuyo jurado estuvo formado por Sandrine Criado, Itziar Egoscozabal, Ricardo  
Gómez, Sara Nicolás y Pablo Cruz.*

© Del texto: Espido Freire, 2025  
Ilustración de cubierta y detalles interiores:  
Amagoia Aguirre, 2025  
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2025  
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid  
[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)

1.ª edición, abril 2025

ISBN: 978-84-143-4271-8  
Depósito legal: M-3087-2025  
Impreso en España - Printed in Spain



PAPEL DE FIBRA  
CERTIFICADA

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido  
por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además  
de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para  
quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente,  
en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución  
artística fijada en cualquier tipo de soporte  
o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

EL  
DIARIO  
DE LA  
PESTE

Espido Freire

XXII PREMIO ANAYA  
DE LITERATURA  
INFANTIL Y JUVENIL

ANAYA





# ÍNDICE

I. LA PESTE.....	II
1. Una noche cualquiera.....	13
2. Una pluma verde .....	19
3. Cuidad de vuestro hermano .....	25
4. La situación de nuestra familia.....	32
5. Cerremos la ciudad.....	40
6. El monje.....	49
7. El pasadizo .....	55
II. LA CUEVA.....	61
8. Pan negro .....	63
9. Aldonza y sor Marta .....	70
10. El campo de melones .....	83
12. La Tarasca .....	89
13. Tarambán.....	95
14. Anillo de piedra azul.....	101
III. EL REGRESO .....	107
15. El perdón .....	109
16. El diario de la peste.....	115



*Para mis primos, y muy especialmente  
para mis primas, a los que conté esta historia  
cuando ni ellos ni yo sabíamos qué era la peste,  
ni cómo distinguir una seta de otra.*



*Líbrete Dios de la enfermedad que baja de Castilla  
y del hambre que sube de Andalucía.*

—MATEO ALEMÁN (1547-1614)







**I  
LA PESTE**



## 1. UNA NOCHE CUALQUIERA

**¿C**ÓMO SE DISTINGUE una noche cualquiera de la que cambiará tu vida?

Aquella del 6 de agosto del año de gracia de 1598 debería haber sido una noche más; una noche sin luna, lenta y calurosa. Mi madre hubiera pasado por mi alcoba para darme su bendición y un beso y para preguntarme si había rezado mis oraciones. Quizás más tarde mi padre, don Juan, siempre tan atareado con sus funciones, se asomaría para verme y trazar el signo de la cruz sobre mi frente, cuando yo ya estuviera dormida, o quizás no. Crispín, nuestro papagayo verde, protestaría un poco y diría algunas de sus impertinencias, indignado, cuando cubrieran su jaula con un paño.

—Nunca he visto un papagayo peor hablado. ¿Dónde ha aprendido esas barbaridades? Las va a repetir el niño —diría mi madre, mientras movía la cabeza. Pero aun así le rascaría un mechón de plumas azules y negras que tenía justo sobre el pico y le daría unos pedacitos de manzana.

Crispín había sido su confidente desde la infancia y la había acompañado a esta casa cuando se casó. Aunque yo lo

había heredado, el pájaro y yo no nos entendíamos. Él consideraba que mi madre era su única dueña y su amiga. De vez en cuando susurraba su nombre en un graznido bajito:

–Doña Magdalena, doña Magdalena..

En cambio, nunca conseguí que repitiera el mío.

Blanchete, mi perrito faldero, un bichón maltés blanco muy pequeño, fingiría que dormía en su cesta a los pies de la cama. En cuanto mi madre saliera de la habitación saltaría a mi lado, y se acurrucaría a mi costado hasta el amanecer. Yo tardaría en conciliar el sueño: me rondaban la cabeza demasiadas preocupaciones. En unos meses, cuando cumpliera los dieciséis años, se celebraría mi matrimonio con Jerónimo de la Torre de Esteban Hambrán, y pese a que la fecha estaba fijada, ni mi padre, ni mucho menos yo, considerábamos que estuviera preparada para ello.

–Aún es una niña –rezongaba mi padre–. Y sus modales dejan mucho que desear. Espero que sepa comportarse a la altura de esa responsabilidad.

–Es una soñadora –corregía mi madre–. A su edad yo era igual.

Me resultaba imposible imaginarme a mi madre, tan serena, tan dulce, tan dueña de sí, como el manojo de nervios y de torpeza que yo era, pero quería creerlo, porque si en algún momento ella se había parecido a mí, quizás aún me quedaban esperanzas.

En una noche cualquiera alguna de las criadas hubiera rellenado la jarra de metal de mi mesilla con agua fresca, y si el calor era excesivo, alguna de las esclavas niñas se hubiera sentado junto a mi cama y hubiera agitado el aire con un gran abanico de hojas trenzadas, muy lentamente, para que

no me despertara. O quizás ni siquiera estuviéramos ya en la ciudad, sino que nos hubiéramos ido a una de nuestras fincas en el campo, puede que a la de Cabañeros, donde nació mi madre y donde las montañas y la vegetación templan el aire y los veranos resultan más llevaderos.

Pero no era una noche cualquiera. Mis padres faltaban de nuestra casa de Toledo desde junio; se encontraban confinados en La Puebla de Montalbán y hacía dos semanas que no sabíamos nada de ellos, o eso era lo que me habían dicho. Sin embargo, sabía que me mentían. Todo el personal de la casa, Fadrique, el mayordomo, Ana, mi doncella, e incluso Mariquilla, mi nodriza, todos callaban, desviaban la mirada y cambiaban de tema cuando les preguntaba si había alguna noticia, si había llegado algún mensaje.

Ahora sabía que no podía fiarme de ellos. Sabía que estaban planeando mi muerte y la de mi hermanito.

La noche anterior les había espiado. Eso era algo que se me daba bien, el moverme a oscuras y con sigilo por la casa, sin que nadie advirtiera mi presencia. Había dejado mi cuarto y me había deslizado en la oscuridad hasta el punto de la casa en la que los suelos de piedra pasaban a ser de madera, y había bajado las escaleras hasta la cocina donde los criados cenaban a la luz tenue de alguna brasa ya casi apagada, sofocados por el calor. Por el hueco que dejaba la puerta entornada veía el perfil serio del mayordomo, y algunas sombras que se agitaban junto a él.

—No sabemos a ciencia cierta si nuestros señores han muerto —dijo una voz masculina.

—Las noticias que llegan de La Puebla de Montalbán son terribles: han cerrado el lugar a cal y canto, nadie puede

entrar ni salir de él –dijo otra voz–. Si no han muerto ya, estarán contagiados por la peste y pronto morirán.

–¿Quién les mandaría ir allí, si ya era público que había enfermos? ¿Por qué ponerse en peligro? –dijo la primera voz, que reconocí como la de Blas, el cocinero–. Si hubieras cumplido con tu obligación, lo hubieras impedido y nosotros no nos encontraríamos ahora en esta situación.

Fadrique le dirigió una mirada torva, y se tomó su tiempo para contestar. Era un hombre grande y corpulento, que nunca parecía tener prisa.

–Aunque se lo hubiera impedido, hubiera dado igual: la orden procedía del corregidor de Toledo, y por lo tanto, de manera indirecta, del rey. Otros señores ya estaban informando de lo que ocurría desde Ocaña, desde Yepes, desde Alcoba. A nuestro señor don Juan se le ordenó ir a La Puebla de Montalbán porque tiene allí negocios, familia y conocidos, y hubiera sido traición al rey desobedecer. Y nuestra señora doña Magdalena quiso acompañarle porque quizás así averiguaría algo de su hermana y de su familia, de la que no había cartas desde hacía semanas. Yo ya sabía que cuando dejaron esta casa no iban a regresar, pero ¿me hubieran escuchado? ¿Quién escucha a los criados? Y hoy la orden de que también cierran Toledo me ha confirmado lo que ya me imaginaba. Ahora, ni ellos volverán ni nosotros podemos salir.

Sentí un ruido extraño en los oídos, como me suele ocurrir cuando me siento mareada antes de desmayarme; pero esta vez no podía permitírmelo, pese a que el corazón me latía en la garganta y con cada respiración me dolía el pecho.

–Entonces tenemos que cuidar de nosotros mismos, porque nadie más lo hará –dijo Ginés, un esclavo que se

encargaba de las mulas, y que mi madre había liberado el año anterior-. Sin señores y con la peste a las puertas, ¿qué será de nosotros?

-Tenemos que huir -dijo Mariquilla, mi nodriza-. La peste no ha llegado a mi aldea, y en el campo, cada uno por nuestra cuenta, podremos sobrevivir. Si nos quedamos en esta casa moriremos antes o después o nos asaltarán algunos que estén más desesperados para llevarse todo lo que puedan.

-Hay comida para varias semanas y cobijo asegurado -dijo otro.

-Comida sí, pero no bebida -sentenció, con voz grave, Fadrique-. La casa tiene un aljibe pequeño que está casi vacío. Dependemos del agua del pozo de la plaza, y esta se contaminará pronto, porque muchos, demasiados, van a beber a él. Hay vino y sidra en la bodega, pero no podemos subsistir con eso.

-¿Y los niños de nuestros señores? -preguntó Ginés-. Si huimos, ¿qué va a pasar con ellos? No saben hacer nada, no pueden valerse por sí solos, no tienen parientes en la ciudad.

Se alzó un alboroto de voces.

-¡Que los ricos cuiden de los ricos!

-¿Se han preocupado ellos alguna vez por nosotros? ¡Por qué tengo que preocuparme yo ahora?

-¿Qué más me dan ellos? ¡Yo también tengo hijos! ¡Y quiero sobrevivir!

-¡Que sepan ahora lo duro que es nuestro trabajo y que aprecien lo que hemos hecho por ellos!

Fadrique alzó una mano y su voz se impuso a las demás.

-Si huimos de esta casa y con suerte logramos burlar la vigilancia de los guardas y refugiarnos en nuestras aldeas...



–Eso no será un problema –dijo Blas–. Esta mañana aún dejaban que saliera quien quisiera, la puerta de Bisagra estaba abierta para los que se iban a Madrid, y la del Cambrón para quien tomara el camino a Valladolid. Se alegran de verlos marchar, uno menos. Lo complicado es entrar: ahí sí son inflexibles. No quieren arriesgarse a que nadie traiga la peste con él.

–Hoy era así, mañana no lo sabemos. Aun así, muchos saben que estamos al servicio de los Hurtado, y al ver que nos vamos sin ellos atraeríamos todas las sospechas. Podrían acusarnos de abandonar a los hijos de nuestros señores, y llevarnos presos, o algo peor.

–Por eso no podemos dejarlos aquí –dijo una voz de mujer–. Los guardas nos registrarían por si hemos robado algo, nos obligarían a regresar a esta casa y a que retomáramos nuestros puestos. No, tenemos que marcar esta casa con la cruz roja que indica que está infectada. Si nos paran, debemos decir que han muerto de peste solos, en sus habitaciones, sin contacto con nosotros, y que por eso nosotros nos marchamos y nos llevamos nuestras posesiones con nosotros. Tenemos que matarlos. Así no podrán delatarnos, ni serán una carga para nosotros.

Se hizo un silencio tan profundo que creí que escucharían el sonido de mi respiración.

–¿Cómo lo haremos? –preguntó Fadrique.

–Sobran los venenos con los que hacerlo. Lo importante es que si los encuentran piensen que ha sido por la enfermedad.

Sentí cómo dos lágrimas me empañaban los ojos. Quien había hablado con tanta dureza era Mariquilla, mi nodriza, la mujer que me había criado.

**DÉJATE CONMOVER  
POR LA NUEVA AVENTURA JUVENIL  
DE ESPIDO FREIRE, UNA ODA  
AL VALOR Y AL ESPÍRITU  
DE SUPERACIÓN.**

6 de agosto de 1598. Aunque la peste asola Toledo, la joven Elena Hurtado López de Ayala tiene algo incluso más urgente de lo que preocuparse: sus criados planean matarlos a ella y a su hermano pequeño.

Con sus padres lejos de casa desde hace tiempo, a Elena no le queda más remedio que huir de Toledo con su hermano. Para ello deberá atravesar un pasadizo secreto, regatear, mentir y aprender a sobrevivir con las escasas pertenencias que tuvo tiempo de reunir antes de escapar. Ni siquiera pudo llevarse un candil... pero sí su diario, en el que relatará ese viaje digno de leyenda.

**ANAYA**

[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)

ISBN 978-84-143-4271-8



1525364